



CAPÍTULO IV

Donde se empieza á hacer conocimiento con la *familia enferma*



H, la familia enferma! ¡Oh, el Gobierno metafísico!
¡Oh, la legalidad trashumante! ¡Cómo os injuriaron, os befaron, os burlaron, os llenaron de dicitos y satirillas el Gobierno de México y la prensa que mantenía y pagaba!

Cuando Juárez avisó que había tomado posesión de la Presidencia, cuando Prieto expidió una serie de circulares pidiendo á la nación que contribuyera con setecientos mil pesos para los gastos de la guerra, cuando Zamora y Ocampo exhortaban á los pueblos á tener fe en la idea republicana, desde Atzacapotzalco hasta San Angel se oyó una sola y tremenda carcajada que lanzaron todas las

gentes cuerdas, todos los hombres de arraigo, todos los sujetos que tenían algo que perder.

— ¡Cómo! preguntaban los discretos; ¡pues qué! ¿es posible que estos locos piensen que son tal gobierno y que tienen tal representación y demás zarandajas? Siempre ha triunfado una revolución cuando uno de los bandos se ha adueñado de la ciudad de México. Pues si ahora Zuloaga, no sólo tiene y retiene á la capital, sino que además cuenta con la obediencia del ejército, la adhesión del clero y la confirmación del Padre Santo, que le escribe en latín y le apellida *clarísimo varón*, ¿qué van á hacer los descontentos, ni cómo podrán resistir?

Y luego, el pensar cómo se escaparon los *puros* de las fauces del lobo reaccionario, era para causar más risa y para infundir mayor seguridad en la solidez del Gobierno tacubayista.

Juárez estuvo preso en el jardín del Palacio, oyendo el rumor de la soldadesca que se las prometía felices y hablaba sin cesar de concluir con los enemigos de los fueros. Cuando Comonfort se convenció de que los conservadores se habían burlado de él, y le habían dejado en ridículo, puso libre al Presidente de la Corte Suprema, proporcionó la fuga al del Congreso, y Juárez, en unión de don Manuel Ruiz, de Pizarro y del *mosquetero* Iturbide, salió de México firme, sereno, sin perder ni un momento la sangre fría.

En San Juan del Río toparon con Mejía, que se figuró no tramaban cosa buena aquellos cuatro sujetos, de los cuales tres parecían curiales y uno matoncillo de comedia vieja; pero cuando le explicaron que cabalmente Sabás Iturbide era un niño de buena casa que llevaba á su abogado, Ruiz, al juez, Juárez, y al secretario del juzgado, Pizarro, para que hicieran el inventario, avalúo y partición de los bienes que habían quedado por fin y muerte del padre de Sabás, y que tenían que rendir jornada al otro lado de Apaseo, donde comenzaban las posesiones rústicas del intestado, los dejó pasar sin decir palabra.

Degollado, flacucho, falto de garbo, de ojos tiernos y llorosos, salió por la garita de San Cosme, caballero en un rocín, junto al cual el famoso de Gonela era un prodigio de brío y de vigor. Llevaba en las *cantinas* bultos que parecían de arroz ó de frijol, y que no eran sino de cartas y papeles comprometedores, entre otros la clave con que se comunicaban los gobernadores de la coalición; colgados en los tientos paquetes de género y tasajos de carne, y en las cabezadas del freno del *cuaco* un haz de velas de sebo de las de á doce con ganancia, por supuesto huecas y atestadas de cartas y despachos.

Los alcabaleros y empleados de la policía, que estaban deseosísimos de echar el guante á algún demagogo de nota, no se figuraron que tras de aquel pobre demandado se ocultara un hombre como el ex gobernador de

Jalisco; pero sí, juzgándolo conductor de correspondencia, le registraron, esculcaron, voltearon, insultaron y llenaron de injurias. Cuando el pobre aquel tuvo permiso de mar-



chase, taloneó á la bestia, que al parecer iba más cansada que si hubiera andado sin parar ocho días, y al alejarse unos cuantos pasos de la garita, el jinete se irguió, gritó mueras al plan de Tacubaya y vivas á la federación. Salieron soldados y gariteros, se dispararon armas, se corrió tras el osado; pero ya era tarde: el penco había

sacado fuerzas de flaqueza, é iba veloz como una pluma.

Prieto salió disfrazado de burrero, y tan bien supo caracterizar su papel, que sus mismos colegas creyeron que no había en su vida hecho otra cosa que *fletear*, pues nadie *borneaba* los bultos con más prisa, nadie los descargaba con más cuidado, y nadie conocía mejor que él la *enjalma*, la *sobrenjalma*, la *grupera* y los buenos aparejos.

El ha contado que, para salvar su vida, tuvo que echarse por un barranco en Omealca; no hubo tal, cayó en el barranco por causa de su miopía, y no pudo salir fácilmente, debido á su obesidad. Cuando le recibió Doblado en Querétaro, llamándole ministro de Juárez, el asombro de los honorables arrieros colegas de Guillermo fué tan grande como fundado.

Ramírez, Morales Puente, Mateos y Bablot estuvieron á punto de ser fusilados en Querétaro por Mejía, y cada uno de los fugitivos de México relataba aventuras que causaban risa por graciosas.

Porque aquellos tiempos eran de alegría, de buen humor, de francas y sinceras carcajadas. Se hacían chistes en las situaciones más comprometidas, se lanzaba un epigrama lo mismo al arzobispo que al último cura rural, y sobre todo había fibra, entusiasmo, afán de triunfar, no por tener una pitanza más ó menos pingüe, sino por implantar lo que se creía bueno y justo.

Los jóvenes de hoy, miopes, de ademanes mesura-

dos, de voz apagada y sin brío, no tienen idea de lo que fueron aquellos simpáticos tarambanas que se llamaron Leandro del Valle, Miguel Cruz Aedo, Ignacio Vallarta, Pancho Vélez, Francisco Buchelli, Miguel Miramón y otros cien que no sabían una palabra de la evolución, del origen de las especies, ni de otras muchas cosas con que se llenan la boca los chicos de ahora; pero que sí sabían realizar los dos actos más trascendentales: morir con la sonrisa en los labios, y matar cuando era menester...

El Gobierno de Juárez se estableció primero en Guanajuato; de allí salió, á la aproximación de Osollos, en sillas de posta cubiertas de negro, á media noche, con mozos que conducían hachas encendidas... Parecía el entierro de aquel caballero noble, á quien quiso vengar don Quijote de las calenturas pútridas que le habían quitado la vida.

Pasó *la familia enferma* á Guadalajara, á acogerse bajo el amparo de la coalición para gozar de la vecindad del mar y de las barrancas, y á fin de evadirse cuando fuera menester.

En cinco años, Guadalajara había cambiado lo que no es decible... La ciudad levítica y monacal de mis tiempos, se había convertido en verdadero centro de intelectualidad, en hervidero de opiniones, en *nido de águilas* en que se hablaba y se escribía sin temor á nadie.

Decir los malos días que dió á los beatos el famoso

Miguel Cruz Aedo, sería materia de nunca acabar. Él, en unión de Contreras Medellín, González Castro, Gómez y Vigil, dirigía pláticas al pueblo, hablando de cosas que hasta entonces no se habían escuchado: de abusos del clero, de la necesidad de reformar lo existente y de poner en cintura á los que explotaban la credulidad del vulgo.

El obispo enderezó una pastoral con motivo de aquellas prédicas, y entonces seis muchachos faltos de experiencia, pero llenos de osadía, Cruz Aedo, Epitacio Ríos, Ignacio Vallarta, José María Vigil, Urbano Gómez y Jesús Leandro Camarena, le dirigieron una carta que puso los pelos de punta á todos los timoratos.

«Hemos colocado, decían esos estudiantes, el dedo en la llaga; hemos tocado la fibra sensible, porque nada ama el avaro tanto como sus tesoros; en consecuencia, el monstruo herido se rebullirá y pondrá en juego todas las tenebrosas maquinaciones que acostumbra. Pero ya es tarde, Ilmo. Sr.; estamos en medio del siglo XIX, en que el pensamiento se transmite, con la velocidad del rayo, del uno al otro extremo de la tierra; millones de cabezas pensadoras se ocupan sin descanso del porvenir del mundo, y escarnecerán y harán añicos al embaucador que pretenda engañar al pueblo con intereses disfrazados...»

Se llamaba también á la pastoral *documento farisaico, toque de alarma con que los conservadores pretenden preparar*

una reacción, mugidos de la bestia apocalíptica y otras lindezas.

Pero la piedra de escándalo la constituyeron estos versos, de Beranger, que se creyó había traducido Cruz Aedo; pero que eran en realidad obra de un historiador insigne, que todavía vive y que ojalá siga viviendo por muchos años para gloria del bien decir y del mejor obrar:

«LAS DOS HERMANAS DE LA CARIDAD

Muerta una hermana de San Vicente
Halló en las puertas del alto cielo
Joven cubierta de rico velo,
Que llora el teatro con gran dolor.
Las dos llegaban dignas de aplauso,
Cruzando el éter cual dos destellos,
La una en las alas de ángeles bellos,
La otra en los brazos del tierno amor.

San Pedro, arriba de centinela,
Después de un *ave*, monjil saludo,
A la actriz dice: Siempre se pudo
Entrar al cielo sin confesor.
Ella responde: Aunque fuí buena
Yace mi cuerpo sin sepultura;
¡Ah! Dios perdone á mi buen cura,
Que ignora el pobre lo que es amar.

Sí, la paloma casta suplica,
Más que un ministro de los altares
Hizo mi acento que en paz, millares
La triste muerte vieran llegar.
Y yo ofreciendo, la ninfa dice,
Dulces errores, vi conmovida
Que ellos amaban así la vida,
Pues la creencia les da el gozar.

Cuando mis preces, la monja añade,
Hacia los buenos yo dirigía,
Llevaba al pobre, que bendecía
Mi tierna mano, del rico don.
Yo, dice la otra, viendo abatido
Por la miseria, por la injusticia
Dí con el precio de una caricia,
Al hombre honrado su salvación.

Entrad al punto, tiernas mujeres,
Dice el portero del alto cielo;
Amar al prójimo fué vuestro anhelo,
Mi Dios no exige más del mortal.»

¿Cómo, gritaban los beatos, se atribuye á San Pedro el haber dicho que se *podía entrar al cielo sin confesor*, sin haber tenido *más creencia que gozar*, después de *ofrecer á*

otros el error, y de vender caricias á los sensuales? ¿No equivale esto á negar la justificación, la autoridad celestial de Jesucristo y la virtud sobrenatural de sus sacerdotes?

Poco después se veía con espanto que los preladados de los conventos iban entre filas por orden del gobernador Herrera y Cairo; y luego, que el juez Robles Martínez y el escribano Román extraían once mil pesos pertenecientes á réditos de capellanías y que se hallaban depositados en la casa de Palomar.

Figúrese cualquiera cómo se recibiría en Guadalajara la llegada de Juárez y cómo los liberales por un lado y los conservadores por otro, han de haber celebrado ó maldecido la presencia de los *caballeros de la vida errante*.



D. Leandro del Valle